

“La experiencia interna de un momento, el sentimiento de estar totalmente suspendido en el tiempo, que no parece tener conciencia alguna ni del pasado ni del futuro, forma parte de muchas –y acaso de todas– sensaciones de belleza” (Zumthor, 2004:60).

Valparaíso, ciudad–puerto que nace sobre una angosta franja de suelo plano, aprisionada entre el mar y los cerros, crece, escala y se extiende sobre estos últimos, no sólo por ser su posibilidad concreta, sino ante todo una forma de “recuperar el mar” para los que se han anclado a una nueva tierra.

El ingenio y el espíritu porteños han creado en el tiempo una imaginativa arquitectura en medio de un paisaje agreste y escarpado, sobreviviente a ocho sismos y desastres, sin embargo la ciudad se ha seguido levantando de manera espontánea y persistente. La variedad de contrastes, la extraordinaria mezcla de estilos, origina uno de los principales encantos de Valparaíso.

La arquitectura ligada a un suelo y una topografía accidentada y configurada por cerros y quebradas, contiene en principio una anticipada configuración de lugar. En ella la diferencia y la homogeneidad tienden a presentarse simultáneamente. A dicha configuración se contraponen siempre la idea de la horizontalidad del paisaje marino y la verticalidad que lo acompaña hecha ciudad.

Quizás esta relación de convivencia permanente y equilibrada entre paisaje natural y cultural, y el habitante entre estos dos, establezca una particular forma de habitar marcada por la poética del paisaje, condición que suele acompañar a las ciudades puerto.

La ciudad–puerto de Valparaíso, capital de la quinta región del territorio chileno, está ubicada en el centro del país y se extiende entre los 32° 02' y 33° 57' de latitud sur.

La región de Valparaíso limita al norte con la región de Coquimbo. Al este con Argentina, al sur con la región metropolitana y O'Higgins y al oeste con el océano Pacífico. Su población actual es de 1 561 406 habitantes y es fundamentalmente urbana.

Ubicada en la zona central de Chile, entre el mar y los cerros, una angosta franja de tierra plana da nacimiento a una ciudad que con el tiempo y por necesidad irá domesticando el territorio. La cordillera de la costa, como una gran espalda que abraza amorosamente al mar, bordea la bahía (Figuras 1 a 8).

En el punto más cercano entre los cerros y el mar, nació Valparaíso, en lo que hoy corresponde a la zona poniente de la ciudad, donde se erigió su primera capilla cristiana en 1559 y que llega hasta hoy después de varias versiones arquitectónicas, convertida en la Iglesia del Salvador de la Matriz, a la cual le antecede un atrio plaza, que como espacio urbano acumula una importante tradición en la ciudad.

Una cadena de cerros correspondiente a la denominada Cordillera de la Costa, va envolviendo en continuidad la bahía e irrumpe a escasos metros del borde del mar. Estos cerros, en su mayoría de fuerte pendiente, han

Valparaíso como habitación urbana

*Oh, ciudad,
yo te fundo
en el silencio de la noche marítima.
La noche matemática
que me dieron las piedras,
esas mismas que un día caerán
a la noche encendida
debajo de la arena.*

ALICIA PAZ GONZÁLEZ RIQUELME
DEPARTAMENTO DE MÉTODOS Y SISTEMAS
UAM-XOCHIMILCO
apgonza@correo.xoc.uam.mx

Key words:
Urban spatiality
Spatial narrative
Literature
History
Place
Habitability

Abstract

The text intends to unveil the sense of a place and the features that characterize its habitability through an analysis from its urban and architectural spatiality, as well as from its literary memory, employing the narrative resource as a medium to transmit the city form and to acknowledge its existence, in a metaphoric sense, as a living organism. Part of a wider study, the article proposes that the literary resource is a valid instrument to recover the memory of a place, the latter one understood as an environmental entity that allows an integral comprehension of the urban and architectural phenomenon, where the aspects of content (place and habitability), variable along time and builders of its own temporality, connect themselves to the permanent containing aspects (landscape and atmosphere).

Palabras clave:
Espacialidad urbana
Narrativa espacial
Literatura
Historia
Lugar
Habitabilidad

Resumen

“Valparaíso como habitación urbana” propone develar el sentido de un lugar y de los rasgos que caracterizan su habitabilidad, estableciendo un análisis desde la perspectiva de su espacialidad urbano arquitectónica, así como de su memoria literaria, utilizando el recurso del relato como un medio para transmitir la forma de la ciudad y sus esencias para, de ese modo, dar cuenta de su existencia como un organismo vivo en sentido metafórico.

Como parte de una investigación más amplia, este artículo plantea que el recurso literario, es un instrumento válido para recuperar la memoria del lugar, entendido éste como una Entidad Ambiental, que potencia una aprehensión integral del fenómeno urbano-arquitectónico, donde los aspectos de contenido (lugar y habitabilidad) variables en el tiempo y constructores de una temporalidad propia, se conectan a los aspectos contenedores permanentes (atmósfera y paisaje).



Figura 1. V Región de Valparaíso.



Figura 2. Valparaíso, Chile 1713.



Figura 3. Valparaíso, Chile 1790.



Figura 4. Valparaíso, Chile 1850.



Figura 5. Valparaíso, Chile 1877.



Figura 6. Valparaíso, Chile 1928.



Figura 7. Valparaíso, Chile 1940.
Dibujo de planos: Ricardo León.



Figura 7. Valparaíso, Chile 2004.



Figura 8. Valparaíso, Chile 2004.
Dibujo de plano: Ricardo León.

sido por más de dos siglos el emplazamiento de la habitación de los porteños.

La ciudad de Valparaíso se emplaza sobre un territorio profundamente accidentado. La ciudad formal, institucional y de servicios se ubica desde sus inicios en el sector del Plan, en la angosta y ondulada franja de suelo plano. Como un segundo segmento de ciudad encontramos todo el poblamiento habitacional que se asienta sobre los cerros hasta llegar a la cota 100 aproximadamente, en la que se define un primer circuito anular de vialidad que recorre los distintos cerros del puerto. Denominado "Camino de cintura", Claudio Solar, escritor, lo ha definido como el cordón umbilical que une todos los cerros con su ciudad (Solar, 1964:116).

Un siguiente crecimiento corresponde al desarrollo habitacional en las cotas superiores a la mencionada y donde se da cita una arquitectura cada vez más precaria, cuya distancia con respecto al Plan va marcando con el tiempo un circuito de marginalidad en las alturas.

La gran bahía de Valparaíso, grande y muy abierta, se encuentra enmarcada por una ciudad vertical que se consolida en los cerros, que la abraza y la observa con miles y miles de ojos ventana, que de la mañana a la

noche están atentos al espectáculo gratuito del mar.

Esta amplia bahía, de aguas heladas y profundas, permite el ingreso de buques de gran calado hasta el muelle ubicado en el punto neurálgico de la ciudad, donde se dan la mano la actividad portuaria y la urbana.

Valparaíso es un lugar que para intentar una explicación sobre él se requiere explorar una narrativa que transmita la riqueza acumulada de la intervención humana en su territorio. Como resultado espacial, Valparaíso es hoy una ciudad consciente del transcurrir del tiempo, sumida en una espacialidad que fluye en continuidad, construyendo recorridos azarosos y de cambios espaciales constantes que producen una experiencia consciente y emotiva de estar en un lugar, cobijado por un territorio que moldea a la ciudad.

Llegar a comprender esta ciudad implica el deseo de descubrirla desde sus detalles, como una ciudad que adquiere vida propia a través de sus múltiples vericuetos, rincones o espacios que de pronto aparecen como grandes ventanales a un paisaje inmenso que obliga a detenerse y observarlo. También, en la memoria de quien lo recorre, va generando siempre nuevas expectativas y el recorrido arriesga siempre alguna recompensa.

La ciudad está llena de metáforas visuales, desde las cuales establecemos un perma-

nente diálogo entre nosotros, el paisaje urbano y natural y el mar. Las calles, en un juego constante de direcciones, escalas, dimensiones, pendientes y vistas, parecen siempre advertirnos de un juego interminable de experiencias en el espacio, como un gran laberinto de múltiples salidas. Estas salidas siempre festejan el encuentro con el paisaje y su infinitud, como jugando a las escondidas con el mar y la ciudad que nos persigue.

A Valparaíso se le habita de maneras diversas y en él han convivido habitantes de distintos orígenes (ingleses, alemanes, italianos, norteamericanos), venidos desde el mar y que en gran medida marcaron la configuración arquitectónica de la ciudad, así como los habitantes que, viniendo de distintos rumbos del interior del país, se encontraron allí para edificar el paisaje donde distintas generaciones han contribuido a consolidar la ciudad y su carácter.

Como ciudad-puerto, Valparaíso ha tenido una vida orientada hacia la actividad comercial. Puerta de entrada a Chile, la historia de la ciudad da cuenta de la importancia alcanzada por el puerto en la segunda mitad del siglo XVIII, que para ese entonces aventajaba en su movimiento económico a Santiago, la capital del país. Las gerencias de las grandes empresas tenían su sede en el puerto, así como también muchas instituciones

sociales, económicas y deportivas. Como dice Claudio Solar (1964:101), en relación con la literatura producida en el puerto, que si bien la poesía sólo acusa la presencia del mar y los cerros, en Valparaíso la novela nos suele hablar de transacciones económicas.

Según Gazmuri (Gazmuri), fueron los grupos de no hispanos y en particular los ingleses, que llegaron a Valparaíso en el siglo XIX, los que crearon la tradición marítima de Chile, tanto mercante como de guerra, que se remonta a entonces (figura 9).

EL PUERTO Y EL BORDEMAR

Caminaban en silencio hacia la Aduana, observando la escasa animación de la calle. Algunas puertas iluminadas dejaban ver el interior de viejos bodegones; el patrón charlaba en el mesón del bar con algún parroquiano aburrido; en un rincón bebían un marinero y una prostituta; el mozo, con la servilleta en el brazo, miraba hacia la calle, bostezando... Grupos de hombres de mar pasaban cantando y de los quicios de algunas puertas se escapaban sigilosas llamadas de mujeres. La miseria de un puerto va siempre acompañada del amor. Y este amor, grotesco o trágico, manchado de sangre, de vino o de inmundicias, tiembla por un instante, como todos los amores, en un desesperado anhelo de infinito (Reyes, 1960:36).

En el muelle Prat, cerca del embarcadero y al borde mismo del agua, se levanta una pequeña construcción de madera que puede ser confundida con una garita de la Aduana. Es el "Bote Salvavidas"... En torno al "Bote Salvavidas" circulan el agente de Aduana y el vagabundo de los muelles; el uno agitando sus papeles y el otro arrastrando los pies; circulan el guachimán que va a montar la guardia a bordo de los faluchos y el granuja que va a tenderse tras una ruma de mercaderías, con el vientre al sol, para descansar de las fatigas de la noche; circulan el marinero, el vaporino, el capitán mercante, el hombre de negocios, el oficial de la Armada que atraviesa entre grúas y máquinas sin que ni una partícula de carbón ni una gota de aceite se atrevan a mancharle el uniforme. Todos esos personajes van y vienen, uno de prisa, al encuentro de la fortuna o del deber; los otros lentamente, de regreso de todas las esperanzas y de todas las certidumbres (Reyes, 1960:30).

EL PLAN (TERRITORIO RIBEREÑO)

La utilización de este vocablo, que en Valparaíso diferencia la parte plana de la ciudad con respecto a los cerros, data de principios del siglo XX, cuando el entonces presidente Pedro Montt puso en marcha el "Plan Valparaíso" para construir, remodelar y recuperar la ciudad devastada por el gran terremoto de 1906.

El Plan, tan estrecho en su origen, debió luchar contra sus límites naturales. Ganó



Figura 9. Caricatura de la gente que llegó a Valparaíso en el siglo XIX. Viñeta: Lukas.

terreno al mar mediante obras de relleno y creció y se ensanchó eliminando promontorios rocosos y accidentes naturales para extenderse hacia el oriente e incorporar una extensión de playa importante. Con ello nace lo que se conoce hoy como la zona del Almendral, con lo que Valparaíso responde a una demanda de suelo urbano exigida por un momento de esplendor de la ciudad, a la que fueron llegando intereses y personas de distintas partes de Europa, principalmente ingleses, franceses, alemanes e italianos, y también población de distintas partes del interior del país. Hubo trabajo, especulación económica, optimismo frente al futuro de la ciudad, lo que entre otras cosas llevó a importantes inversiones edilicias.

El Plan ha sido un espacio que, obligado por las circunstancias topográficas y de emplazamiento, ha debido asumir a su favor la organización del movimiento y el reposo de la ciudad. Punto de partida, de llegada y de encuentro de la mayoría de los habitantes, aparece como referente necesario y permanente en la vida de los porteños. Sus vidas se organizan diariamente a partir del Plan; el trabajo se relaciona directa o indirectamente con él, ya sea que se recurra a él como enlace vial con otros puntos de la ciudad y entornos cercanos, que se labore en él, que simplemente actúe como espacio de aprovisionamiento de víveres o sirva como punto de encuentro social en las plazas y parques que éste contiene.

El porteño en gran medida divide su vida entre el Plan y los cerros. La actividad se concentra abajo, en desplazamientos peatonales continuos. Acostumbrado a caminar, se le observa como un individuo de vida nómada durante el día, que se retira a descansar en los cerros, donde la vida adquiere otro ritmo. Arriba es el refugio, el mundo familiar y vecinal, cuya escala se contrapone al Plan.

El Plan, en su núcleo original, está conformado por cuatro o cinco calles o avenidas principales que recorren de oriente a poniente y viceversa la longitud de la parte baja de la ciudad. Estas calles, en su trazado, mantienen

de cierta manera el borde sinuoso del mar, como ecos o repeticiones del borde de la bahía. En estas calles, que se adelgazan o ensanchan de acuerdo con lo que el terreno plano de la ciudad permite, se ubican infinidad de edificios con fachadas de elaborada arquitectura que se someten a condiciones de proximidad entre ellos, ofreciendo una copiosa y abigarrada presencia ornamental.

La traza del Plan, en su parte inicial, no se apega a las consideraciones urbanísticas de herencia colonial, con un centro cívico, definido en su centro, sino que con base en una estructura manzanera irregular va reconociendo en los espacios residuales, producto del borde ondulado de los cerros y el mar, la posibilidad de edificios, plazas y espacios de encuentro.

Desde el Plan, la ciudad irrumpe en su verticalidad. Los cerros se palpan por su proximidad, con la mirada. Aparecen en la más pequeña abertura urbana y se nos vienen encima. Desde abajo, la ciudad se observa como un enjambre de construcciones continuas e interminables y a la vez inaccesibles, formando un gran anfiteatro que provoca en el espectador una sensación de interior y de protección. Sabemos que estamos siendo observados, pero a la vez somos observadores permanentes.

En el invierno, una neblina húmeda pasea la calle; en el verano, el sol se revuelca en ella como el gato en el tapiz hogareño. Bonita calle para los que, cansados de correr por la vida, buscan un rincón apacible desde el cual mirar el trajín de los demás (Reyes, 1960:17).

Era un edificio como tantos del viejo Valparaíso: injertado en su vecino de la derecha, embutido en su vecino de la izquierda. Una escalera independiente de los pisos superiores conducía desde la calle a la habitación alquilada por Velasco... La habitación era amplia, con un gran ventanal hacia la calle melancólica. Alcanzaba a verse desde allí un trozo de la bahía entre los altos edificios vecinos (Reyes, 1960:27).

Las avenidas y calles principales, corren prácticamente ininterrumpidas de oriente a poniente y viceversa, jugando entre el borde del mar y el de los cerros. Queda como testigo de su configuración topográfica original la calle Prat, antigua calle del cabo, que actúa como límite y eje de relación urbana entre cerros y mar. Esta calle, a pie de cerro, corre desde la aduana rumbo al Almendral y a su paso va relacionando en forma lineal, distintos espacios públicos de la ciudad. De esta avenida, y hacia el mar, todo responde a obras de relleno, que posibilitaron la creación de una pequeña lengua dirigida al mar, donde se edificó un espacio de intensa vida ciudadana.

El mar aunque próximo, no forma parte de la vida del Plan. Desde su interior, aparece de pronto y escasamente la posibilidad de vínculos visuales con el mar desde una esquina. Las calles generan principalmente interiores urbanos fuertemente delimitados y ajenos al mar. Errázuriz, la avenida que bordea la bahía, y que recibe la categoría de vía rápida, impide la mirada al mar por su gran flujo vehicular tanto particular como de transporte pesado propio para las actividades portuarias de carga y descarga, imponiendo una gran cortina visual en movimiento. Junto a ello, el borde costero que hace referencia a la ciudad se encuentra ocupado casi en su totalidad por contenedores, o por el tránsito del rodoviario, lo que separa física y visualmente la ciudad con las posibilidades de apropiación de su borde correspondiente.

El Plan se define hoy a partir de dos zonas: la original, vinculada a las actividades propias del puerto; la más antigua y la que concentra la mayor riqueza arquitectónica y a un lado, El Almendral, que corresponde a su etapa de expansión. Se trata históricamente de dos zonas que, siendo borde de bahía, se encontraban separadas debido a un prominente accidente natural, un gran promontorio rocoso que imposibilitaba una adecuada comunicación entre las zonas. Al ser demolida, se produjo una natural primera expansión de las actividades centrales de la ciudad, desarrollándose también el uso residencial de alto nivel que encontró en este lugar el emplazamiento idóneo.

Los edificios construidos en las épocas de bonanza de la ciudad, debieron someterse a la estrechez de las calles y los terrenos, generando una tipología edilicia de importante altura, parecidos entre sí y cuya expresión urbana quedaba sometida casi exclusivamente a su escaso frente, lo que en gran medida condujo a criterios de solución de fachadas con una tendencia a enfatizar la verticalidad, el remate anguloso y central, el pliegue vertical, así como grandes almohadillados a la altura del peatón, accesos monumentales, en muchas ocasiones haciendo uso de cromados como para destacar la riqueza y



Figura 10. Los detalles destacan y diferencias cada edificación.
Foto: Archivo Harry Olds.

opulencia de ciertas instituciones y el detalle ornamental que destaca y diferencia cada edificación (figura 10).

Por la estrechez de sus calles, la perspectiva es escasa para la lectura de cada edificio, por lo que su expresión se ve sometida a la lectura en proximidad, lo que explica en gran medida el suntuoso trabajo ornamental y compositivo de sus fachadas.

Según palabras del escritor y cronista porteño Joaquín Edwards Bello:

Los edificios del puerto son una verdadera selva de elementos decorativos, de sorprendentes personajes, de seres mitológicos, de prodigiosas floraciones, cornucopias, demonios, filigranas y monogramas que los porteños no terminan nunca por conocer (Lukas, 1971).

Descubrir la monumentalidad de cada uno obliga a un exhaustivo trabajo de lectura visual, posible sólo en domingos y festivos, donde el observador carecerá en ocasiones, aún así, de la distancia necesaria para admirarlo en toda su dimensión. Por ello, la lectura de los edificios se da en continuidad, como un todo edificado que, para revelarnos su belleza, es necesario comenzar el recorrido visual por sus detalles.

En el centro de la larga cornisa están la calle Condell, con sus tiendas de lujo; la plaza de la Victoria, con su aire señorial; la avenida Brasil, con sus grandes compañías comerciales; la avenida Pedro Montt, con teatros y cines. Los extremos, el puerto y el Barón, son populares, pero no semejantes. Valparaíso no repite nunca sus motivos, y mucho menos en esos

barrios donde se anima una vida espontánea y poderosa; vida de pueblo porteño, que no es ni alegre ni triste, pero que está siempre en acción, siempre alerta, como mirando al mar para no permitir que el barco favorable pase sin descargar su mercadería. Los almacenes del Puerto y del Barón son distintos: los pequeños restaurantes y las cocinerías también lo son; los bares de uno y otro barrio no tienen nada de parecido, como tampoco las calles, aunque algunas sean igualmente estrechas y suban a los cerros con la misma sinuosidad. Hay una diferencia de atmósfera y de tono humano tan patente entre los dos extremos populares de Valparaíso, que no se necesita ser demasiado sensible para percibirla (León, 1977:64).

Las calles, conforme se acercan a puntos nodales de la ciudad, donde se desarrolla prácticamente todo el movimiento financiero y de servicios, se angostan y algunas desaparecen. Las que continúan, van generando situaciones espaciales de gran direccionalidad visual para desembocar en puntos de encuentro de distintas escalas y de gran vitalidad urbana.

El Plan durante el día tiene enorme movimiento, que se va apagando poco a poco al caer la tarde, hora en que los habitantes regresan a los cerros; sin embargo, al caer la noche, y en especial los fines de semana, la bohemia porteña hace su aparición. Los grupos de jóvenes, algunos venidos de Santiago para la ocasión, se cruzan en las plazas y las calles buscando lugares para divertirse. A partir de esta demanda que ha ido creciendo día con día, han surgido distintos bares, *pubs*, que se concentran en ciertas zonas del Plan y dependiendo del éxito obtenido entre la juventud, se man-



Figura 11. Imagen de un ascensor.
Foto: Guillermo Hernández.

tienen abiertos permanentemente o hacen su debut en el escenario urbano para despedirse rápidamente.

La moda también irrumpe en algunas zonas del Plan, concentrando en ciertas zonas algunos usos y se levantan locales que, aunque no ofrecen espacios necesariamente gratos para la permanencia, atraen la atención de sus asiduos visitantes, convirtiéndose al poco tiempo de ser inaugurados en verdaderos nodos de interacción social, principalmente entre los jóvenes, pero estos lugares tienen su tiempo de vida y tienden a renovarse cíclicamente.

Existen otros también, los clásicos de la bohemia porteña, que parecen haberse detenido en el tiempo y que mantienen el sabor de tiempos idos. Su mesón antiguo, sus paredes llenas de espejos, su ornamentación opaca y empolvada, sus distribuciones azarosas al interior como si alguien en una actitud casi doméstica hubiese acomodado las mesas sin mayor pretensión que la de recibir a los invitados de siempre para la tertulia. Aparece al fondo un grupo de cuatro músicos que entre ellos parecen reunir más de mil años, cantando tangos y boleros con una actitud a la vez profunda y resignada en la que todo se cubre de un halo nostálgico y emotivo. Estos lugares permanecen como siempre han sido y su autenticidad los hace un referente inigualable en relación con la memoria del puerto.

No existe un centro como tal, pero sí múltiples centros de encuentro que son significativos como puntos de intersección entre el Plan, los cerros, los ascensores, el comercio y la comunicación de los habitantes. Estos es-

pacios “aparecen” como remansos entre las distintas calles y cruces de la ciudad.

No se trata de una ciudad de cualidades o calidades homogéneas. Se trata más bien, de una ciudad armada con base en múltiples condiciones materiales y de emplazamiento que en el espacio urbano van encontrando su unidad, su orden y su cohesión.

Sin contar con las características de la ciudad tradicional de herencia hispana, cuenta, eso sí, con un gran espacio de carácter ceremonial que relaciona la ciudad y el puerto o muelle como tal. Este espacio, como un imponente vacío en relación con la reducida superficie de suelo del Plan, se ubica muy cercano a la zona donde se dieron los primeros asentamientos humanos de Valparaíso, lugar que desde su origen correspondió al punto de llegada y recalada de los barcos.

La Plaza Sotomayor, abierta al muelle Prat, parece diseñada a escala de los barcos. Es la gran puerta de entrada a Valparaíso desde el mar y, quizá en estricto, el único espacio formal de la ciudad, cuyo dominio es principalmente del mundo marino y militar. Exhibe su función cívica tanto por su escala como por su emplazamiento. El contacto entre las calles estrechas que conducen a la plaza y las dimensiones de la misma, que se acrecientan con el mar como plano horizontal en continuidad, aumentan el efecto perceptual de su escala. Grandes e imponentes edificios la resguardan y simétricamente coronan el encuentro de tierra y mar, estableciendo un umbral para la ciudad desde el mar.

En el gran vacío de la plaza, se levanta el monumento a los héroes de Iquique, que celebra la gesta heroica de los marinos chilenos en la guerra del Pacífico. Este es el lugar de todos los actos cívicos de la ciudad.

Unida a esta plaza, como si le brotara una nueva célula, aparece en el extremo sur-oriente la plazuela de la Justicia, espacio contrastante con el anterior y en el que se desparrama algo de la solemnidad del edificio de los Tribunales de Justicia, para el que la plazuela actúa como espacio atrial, resaltando su condición ascendente de pie de monte. Confluye ahí también la estación del ascensor El Peral, que conduce al Cerro Alegre, inscrito en la denominada zona patrimonial que sin duda contiene y resume gran parte de la riqueza urbano arquitectónica de la ciudad.

LOS ASCENSORES

El Peral es uno de los 15 ascensores en funcionamiento que reúne Valparaíso, y que corresponde a un sistema particular de transporte público que relaciona diferentes puntos de encuentro entre el Plan y los cerros y trasladan al pasajero aproximadamente a la cota 50 de los mismos. Se trata de los famosos ascensores porteños, que a la fecha han cumplido más

de 100 años y que llegan hasta nuestros días siendo parte inseparable de su imagen.

Estos elevadores urbanos de carácter doméstico, corren subiendo la pendiente pronunciada de los cerros y se abren paso entre calles y construcciones domésticas de distinta índole, aportando desde su linealidad ascendente un juego espacial que aparece y desaparece entre las casas, que agrega al juego imbricado de los cerros un movimiento lento, pausado y repetitivo de un volumen colorido que insinúa la posibilidad de desplazamiento de todas las pequeñas construcciones de los cerros.

Se trata de un medio de transporte característico de la ciudad, que por su adecuada y casi natural adaptación a la topografía, y condición primordialmente peatonal del modo de habitar los cerros, se proyecta hasta hoy con plena vigencia, variando en altura, inclinación, capacidad, así como en la manera de salvar la pendiente, atravesando calles, construcciones y elevándose a distintos grados hasta llegar en uno de sus casos a ascender en vertical. Todos ellos arrancan a pie de cerro en distintos puntos de la envolvente casi vertical de la bahía (figura 11).

Los ascensores, carritos ligeros, en los cuales caben de 6 a 12 personas y que se desplazan por un sistema mecánico de rieles y poleas, otorgan a la ciudad un sabor amable y doméstico y posibilitan momentáneos encuentros entre los habitantes que, en su corto trayecto, parecen ponerse al día de la vida de los demás. La conversación, cuando se da, es casi familiar y al visitante lo integra brevemente en espacio y tiempo a la cotidianidad del lugareño. Junto a ello, la experiencia espacial se traduce en un espectáculo de gran riqueza en relación con el gradual y lento ascenso hacia los cerros, que permite el juego dual entre una lente de aumento dirigida hacia el entorno inmediato y doméstico y el surgimiento sorpresivo de la vista panorámica hacia la ciudad y el mar.

El ruido que emiten los carritos en el descenso y ascenso, las imperfecciones del sistema y el contenedor, el ruido del viejo torniquete de control de ingreso y egreso de pasajeros, el olor a maderas enceradas del interior del vagón remiten a otra época y forman parte del encanto de los ascensores. Mantener esta opción de transporte es trasladar a la experiencia diaria de la ciudad la memoria de tiempos verdaderamente gloriosos del puerto, cuando la incorporación de diferentes adelantos permitió elevar a Valparaíso al nivel de las más importantes ciudades de América del Sur. Hoy no todos los ascensores siguen subiendo y bajando, pero los que sí lo hacen se mantienen como un importante enlace (nudos de memoria) de pasado y presente, resguardando la memoria del lugar.

NUDOS DE MEMORIA

El espacio público del Plan refuerza su uso e intensidad en relación con la inmediatez de los cerros y su abrupta llegada a los circuitos urbanos. El cerro se entiende en contraparte, como el encuentro con la casa, que da inicio cuando se ingresa en el territorio propio, conocido y dominado del cerro.

Si la pendiente es suave en su inicio, las calles comienzan a subir a partir de un receso urbano que permite el encuentro de muchos caminos, de muchas posibles aventuras; en esas encrucijadas se produce el accidente urbano, el encuentro con verdaderas estaciones momentáneas; todo aquello que se vuelve necesario para el regreso y la llegada de los cerros; en estos lugares se concentra el comercio, el transporte y los habitantes, que parecen, a partir de estos espacios, ordenar sus vidas.

Las quebradas y los cerros de Valparaíso, pegados al Plan, desembocan en ocasiones en espacios de gran intensidad urbana. De ese modo, la Plaza Welwright, la Plaza Sotomayor, la Plaza Aníbal Pinto y la Plazuela Ecuador, hasta llegar al oriente de la ciudad, al complejo nudo urbano del Barón, son lugares de un alto contenido urbano, donde se concentran la emoción de la historia y las vivencias colectivas. Son espacios forjadores de recuerdos. Tanta vida e historias ha pasado por ellos que reúnen en su espacialidad ese aire de nostalgia que traspasa épocas hasta llegar al momento actual en el que siguen acumulando experiencias. Son de por sí espacios muy abiertos pero también muy discretos para guardar secretos.

Plaza Aníbal Pinto, Subida Ecuador y Subida Mariposas, son importantes puntos de distribución, pero son también el encuentro de los habitantes de los barrios conformados por los cerros que ahí confluyen. Ahí todo es movimiento y vitalidad urbana, siendo también punto de contacto entre la vida urbana y la barrial. Entre ellos se diferencian en cuanto a intensidad urbana respecto a su vinculación espacial y a su cercanía con las zonas comerciales y administrativas del Plan.

En la plaza Aníbal Pinto se da el encuentro de importantes ejes urbanos del Plan y de los cerros; zona de eventos callejeros, de comercios de tradición, de ascenso y descenso del transporte colectivo; receptáculo de los cerros más próximos (Alegre y Concepción); punto de llegada y arribo, enlace entre dos ciudades: una plana y de intensa vida urbana; otra doméstica y silenciosa; una de noche, otra de día. Lugar espacialmente anodino, pero órgano vital en la anatomía actual de Valparaíso, la plaza Aníbal Pinto es todo y nada al mismo tiempo; es plaza sin realmente serlo, es punto de encuentro y a la vez importante escenario de la fisonomía porteña, al cual cae de tajo el balcón urbano del cerro Concepción.

LOS CERROS

Construcciones suspendidas para una ciudad suspendida en el tiempo

Habitando los cerros y las quebradas, el porteño edificó sus casas articuladas a la topografía y con la ligereza de un sistema importado por inmigrantes europeos y norteamericanos, que se incorporó rápidamente; así nació una tradición constructiva local, que permitió levantar una ciudad que día a día recibía nuevos habitantes.

Su fácil adecuación a las condicionantes marcadas por la topografía permitió el respeto a la fisonomía inicial de los mismos, haciendo que las casas se adaptaran al terreno. Este criterio, que se podría considerar de sentido común, estableció una fuerte cohesión entre el paisaje natural y el construido, y con ello la unidad entre arquitectura y entorno. El entorno, de este modo, se desarrolló con el mismo criterio. Por ello, caminar hoy por las calles de cualquier cerro, remite inconscientemente a la biografía del lugar, trayéndonos al presente la condición territorial de inicio, que le dio sentido y autenticidad a la forma urbana actual. Una sensación similar a aquel personaje que recorre lentamente la montaña en solitario y que paso a paso reafirma su conocimiento sensorial del paisaje. Algo de ello, a modo de evocación, aparece siempre en el recorrido en libertad que nos ofrece la ciudad.

Con su caja de pintura bajo el brazo, Fernando recorría los cerros porteños a la caza de los juegos de luz en las callecitas multicolores, donde las casas, por las irregularidades del terreno, adoptaban posturas inverosímiles: unas se sostenían en las laderas de los barrancos con una sola mano y con una inconsciencia infantil del peligro, las otras saltaban sobre las espaldas de sus vecinas o se empujaban en un juego perpetuo. Formaban como grupos de niños revoltosos que se disputaban riendo para ver el mar a través de las caprichosas curvas de las quebradas (Reyes, 1983:23).

A muchos años de distancia, Valparaíso hoy debe gran parte de su imagen a los cerros más que a su Plan, a un proceso paulatino de consolidación de una habitabilidad inicialmente precaria, pero creadora de una fuerte interrelación entre ciudad y arquitectura; esto permitió con naturalidad el desarrollo de un tejido espacial desordenadamente armónico, basado en un diálogo entre naturaleza y cultura, expresado hoy en la autenticidad de sus formas y en su estructura espacial.

En la medida que accedemos a las primeras cotas de los cerros, de alguna manera sentimos que domesticamos esa porción de ciudad. La ciudad nos revela la verdadera escala del Plan y nosotros nos ubicamos en la intimidad del cerro. Este cambio de posición

nos permite descubrir nuevos e interminables espacios. Se trata de una escala que es a la vez urbana y doméstica.

Valparaíso nace como espacio urbano, en las faldas del cerro Santo Domingo, con la construcción de la primera capilla cristiana de La Matriz. Alrededor de ella se desarrollan los primeros asentamientos que gradualmente van estableciendo su condición de puerto.

Limitando con cerro Toro y dividido del cerro Carretas por la quebrada de Santo Domingo es el más histórico de los cerros de Valparaíso, por cuanto a sus pies se encontraba la bahía de Aliamapu, residencia de los changos, primitivos habitantes del puerto. Aquí también se ubica la iglesia de La Matriz del Salvador, levantada en el mismo sitio en que se emplazara la primera parroquia de Valparaíso. De acuerdo con Leopoldo Sáez, el nombre del cerro proviene de la iglesia y convento de Santo Domingo, que se ubicaban muy cerca de La Matriz (Sáez, 2001:409).

Vinculado a este cerro, se encuentra el barrio del puerto, el corazón como tal de Valparaíso. Paradójicamente, subsiste hoy como el territorio de la marginalidad urbana. Se advierte como el territorio del auténtico porteño, nacido aquí y excluido día a día de la ciudad y ahora también del mar. Cada vez es menor la faena marítima de Valparaíso y los habitantes que han vivido del mar no tienen cabida en tierra, en ninguna otra tarea productiva. Es gente conocedora de la nostalgia y no preparada para los nuevos tiempos. Existe en esta ciudad una concentración observable a cada paso, de la exclusión. Una gran cantidad de indigentes, mendigos, de grupos marginales abunda tanto como la pobreza que arrastran.

Las casas se caen a pedazos, las láminas que sirven de cobijo parecieran que saldrán volando al siguiente temporal. Los habitantes se parecen a las casas que habitan, todas prácticamente en total abandono. La pobreza se concentra en este punto de la ciudad; los vagabundos parecieran no conocer la diferencia entre el día y la noche, la idea del amanecer no está presente.

Así como el Santo Domingo, la gran mayoría de los cerros son pobres, en sus condiciones de habitabilidad, pero con un fuerte potencial para el logro de una mejor calidad de vida. En el cerro Cordillera, correspondiente a este Valparaíso que no aparece en postales, pero en el que habita la mayor cantidad de su población, en este Valparaíso que se aleja del mar y de la tierra, en Camino de Cintura y Calle Castillo, destaca la presencia de un conventillo para los pobres, donado por Juana Edwards en 1898. Por fuera, una construcción formalmente austera, con fachada de tabique, que ocupa toda la cabecera de una manzana. En el interior, los

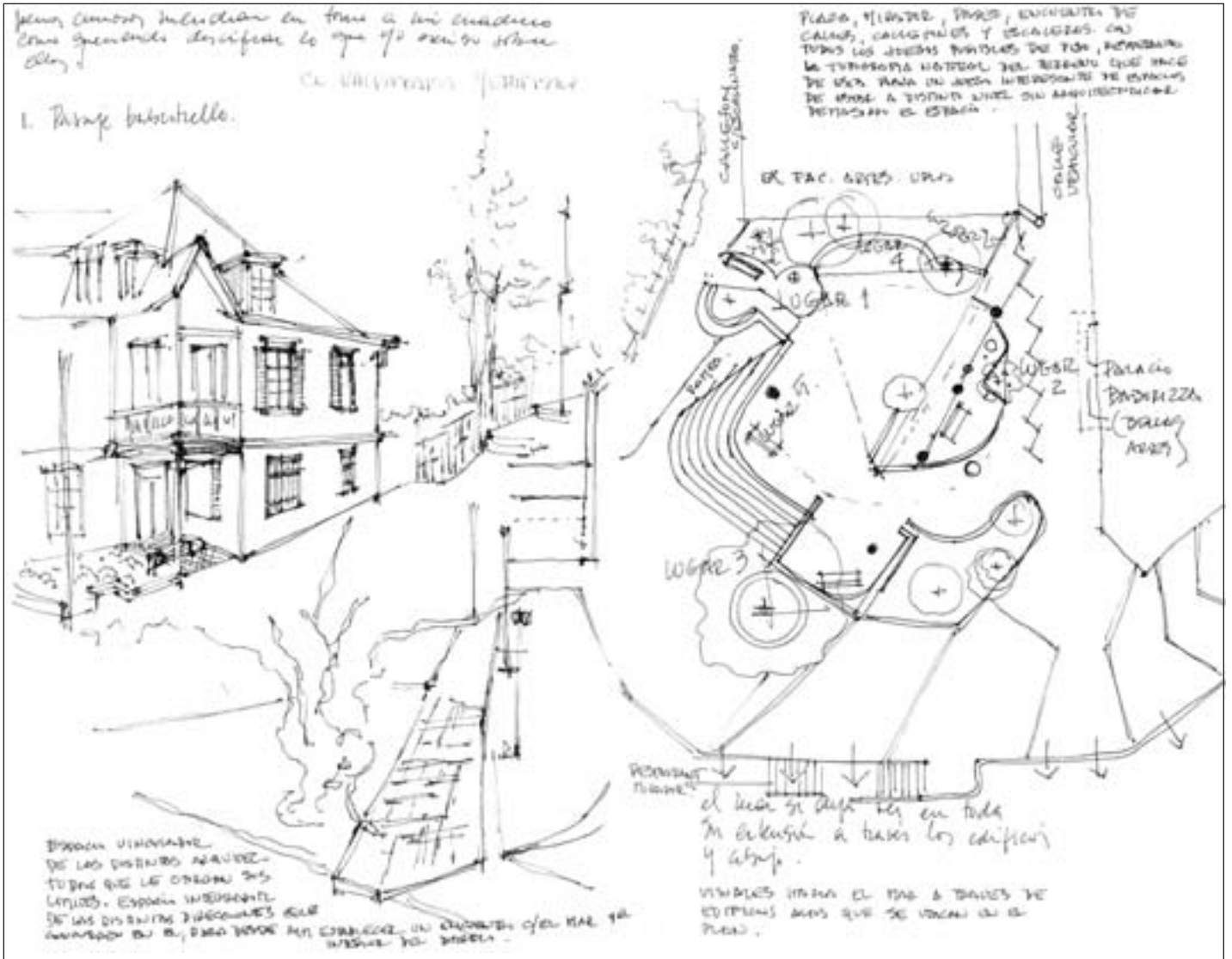


Figura 12. Plaza, mirador, paseo, encuentro de calles, callejuelas y escaleras. Croquis: Alicia González.

espacios de habitación se definen a partir de un patio central enmarcado por habitaciones que definen una cinta continua de tres niveles. En contraste con la notoria austeridad de la fachada que se mantiene intacta en el tiempo, al interior se reúnen las múltiples expresiones de la marginalidad urbana.

Caminando por el cerro, se observan los techos como puestos al azar sobre las casas, como cobija sobre una cama deshecha. Amontonados techos que siempre parecieran estar por caer. Ligeros techos de casas ligeras que quisieran afianzarse a sus fachadas "sólidas". Un extraño sistema de adobillo recubierto de lámina es recubierto en el tiempo por todas las capas de óxido que van quedando impregnadas de sol y de lluvia, y también de abandono, de imposibilidades.

Las bajadas de lluvia rotas, carcomidas, oxidadas. Las ventanas con su geometría, tratando de mantener la compostura de la casa, con evidencias de incendios controlados en un último momento. Puertas cerradas con

cadenas y candados evitan hacer evidente y explícito su abandono... y en la esquina y planta baja el único lugar vivo del edificio; la tienda de una pareja ya madura, concedora de su barrio y de su gente; aquellos que venden sólo lo que la gente del cerro puede comprar, no ilusiones; el cubito maggi, el plátano de poste para aquel que pasó por alto la comida y el servicio de teléfono del barrio, ocupado a todas horas.

Las pendientes de la calle ofrecen un ambiente amable de escalerillas o banquetas elevadas, donde me he sentado a escribir mientras los perros curiosos merodean en torno a mi cuaderno como queriendo descifrar lo que escribo sobre ellos.

A pesar de marcadas diferencias en las condiciones de habitabilidad de los cerros y sus correspondientes edificaciones, su arquitectura es articulada, cohesionada, en un tejido que se entrelaza formando una masa edificada continua, a veces superpuesta, estableciendo una relación imbricada que nace

de un intenso juego con la topografía de los cerros. Casas de un mayor refinamiento, casas de dimensiones relativamente pequeñas, casas superpuestas, que permiten al ojo intruso develar su intimidad.

La ciudad también se ve y se descubre a sí misma. Ancladas a la tribuna que les ha tocado ocupar, las casas se asoman, se elevan, estiran su largo cuello para dialogar con su paisaje, para dominarlo con la vista. Son las ramas y las hojas de un árbol que expuestas al viento parecieran poder salir volando. Vistos desde el Plan, los cerros habitados aparecen quietos y distantes, pasivos e inmóviles, silenciosos.

Quien haya disfrutado del encanto de una tarde de septiembre en ciertos cerros de Valparaíso, no lo olvidará fácilmente. Vuela en el viento apenas tibio una suerte de melancolía sensual que da al paseante la impresión de haber cargado su vida con el peso de todas las experiencias ardientes y desgarradoras capaces de

ponerlo en paz consigo mismo y con el mundo. La fatiga física de subir y bajar cuestras, de marchar sobre el defectuoso pavimento, llega al espíritu como a través de un tamiz, y uno se encuentra dulcemente cansado, no por unas cuantas horas de camino, sino por toda una existencia de desgracias exaltantes y de triunfos desdeñados con elegancia. Apoyando los codos en una baranda del Cerro Alegre o del Paseo Alemania, oyendo el rumor que sube de la ciudad y el roce de las hojas nuevas, contemplando la bahía que se adormece bajo los fanales multicolores del crepúsculo, uno se halla confortablemente instalado en una línea sutil que separa la acción de la contemplación... La suavidad del aire y de los colores en la lenta primavera de la costa es un sedante para el corazón ansioso, cuyos latidos –sordos como los de las turbinas de los transatlánticos– ritman la inquietud navegadora (Reyes, 1983:66).

Cada cerro con distintas características de emplazamiento, se relaciona con el resto de la ciudad a través de las quebradas que, sirviendo para demarcar el territorio de cada sector y sus respectivos ámbitos barriales, en ocasiones participan también de su denominación y su carácter.

Los cerros y quebradas son igualmente significativos en relación con la configuración de la ciudad. La quebrada en su origen es la posibilidad del agua y por lo tanto el sustento fundamental de la vida en la ciudad. Su rasgo inverso, el cerro, es el ámbito del asentamiento humano. Esta dualidad de la topografía y el territorio da cuenta de una de las múltiples dualidades que componen su historia física.

Esta condición marcada fuertemente por sus características geográficas y topográficas va constituyendo una relación hombre-territorio y tierra-mar, de enorme importancia en la construcción cultural del porteño y de su particular idiosincrasia. Valparaíso facilita la elección de sitios, ya que su accidentada topografía hace predominar los espacios encontrados o regalados, por sobre los inventados o creados a partir de la mera voluntad. De ese modo el habitante irá moldeando su ciudad y la ciudad lo hará con él.

Domesticar un territorio como el de Valparaíso ha representado históricamente enormes esfuerzos colectivos y ello produce y reproduce una carga emotiva de carácter histórico de gran peso en el lugar.

No todas las ciudades nacen en las mismas condiciones, pero cierto es que la mayoría de nuestras ciudades latinoamericanas nacieron por decreto o fueron fundadas, mientras que Valparaíso no.

Para el habitante, la ciudad se constituye en interlocutor permanente que exige siempre la tarea de descifrarla. Se producen, en tiempos relativamente breves de recorrido,



Figura 13. Croquis desde el café Turri.

Croquis: Alicia González.

múltiples y diversas imágenes, muchas de ellas contrastantes, obligando al caminante a reforzar su sentido posicional y a hacerse consciente de su actuar en la ciudad.

A la ciudad se le ve y nos ve. Estamos inmersos en ella y en su lejanía; existe un patrimonio arquitectónico innegable, que da cuenta de su historia, de sus momentos de pujanza y abandono; es su patrimonio de articulación urbana y arquitectónica el que reúne su mayor riqueza.

La presencia simultánea del todo y las partes, del arriba y el abajo, obliga a una lectura en movimiento, que hace del recorrido y sus características un producto espacial de gran riqueza emotiva y perceptual.

Las sorpresas en los recorridos son de distinta índole. A veces el contraste entre una calle estrecha y de fachada continua a gran altura, desemboca en una gran plaza que se dirige al mar. A veces, un resquicio abierto entre dos edificios, invita a la acción de “asomarse”, traspasando visualmente los edificios para “llegar al mar”, paisaje en pacífico movimiento y permanente cambio.

Las calles principales a los cerros son las escaleras, a veces eternas o interminables, angostas, que al ascender por ellas se va gradualmente produciendo una relación de mayor intimidad con la ciudad y sus habitantes.

En ocasiones la calle-escalera remata en

la puerta de una casa particular o gira para dejarnos en un jardín insospechado.

Recorriendo esta ciudad, la gente no se siente sola, ni siquiera extraña; establece un permanente diálogo con el entorno. Las perspectivas se abren y cierran hacia un recinto espacial de difícil denominación; ¿es calle, es patio, es foro? Puede ser uno o todos al mismo tiempo.

A través de los miradores, la ciudad “de abajo” se vuelve impenetrable. Los techos continuos y cerrados, con escasos lucernarios, no permiten advertir la organización y vida interior de los edificios. Las construcciones, de cierto modo, se vuelven impenetrables.

Poseer un balcón,
es como ir en un barco
hacia un país lejano
como irse mar afuera
llevando una gaviota
de luz sobre la proa.
Por eso, esta ciudad,
es ciudad de balcones
para que el mar pasee
libre de toda traba, dejando su canción de
caracola
como un diario de vida
escrito y olvidado
en nuestra puerta (Larrahona, 1973).

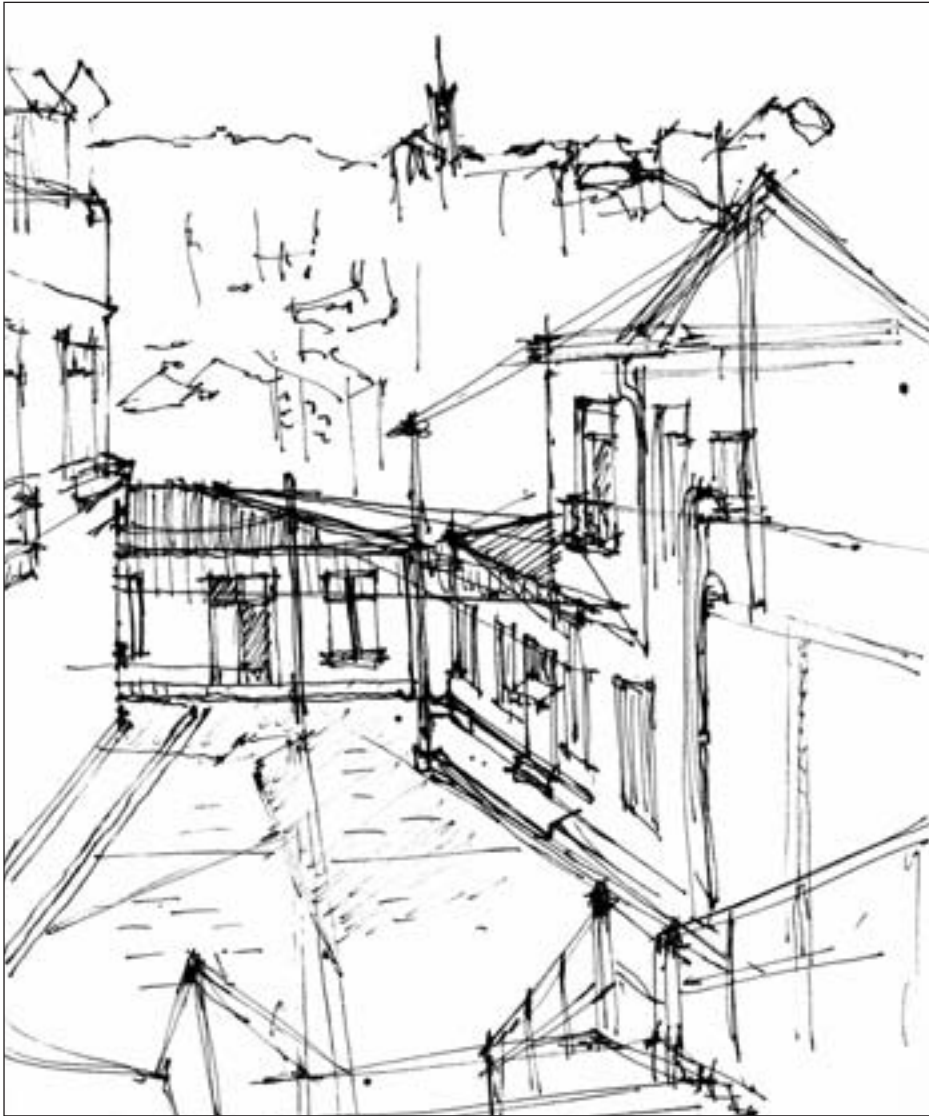


Figura 14. Interior urbano a escala doméstica.
Croquis: Alicia González.

La continuidad Plan-Cerros a nivel de la cota 50, está dada por la edificación y por la presencia “lejana” del ruido y el movimiento urbano intenso. De pronto, y en escasos segundos, el paseante se encuentra sometido a experiencias espaciales diametralmente opuestas. En el cerro se camina en silencio y pausadamente. Todo se presenta a la mirada con un interminable y lúdico juego de perspectivas. Los espacios públicos se convierten en el dominio del peatón.

Recorrer los cerros puede convertirse de pronto en una experiencia inacabable, infinita, siempre diversa, subiendo y bajando, pero permaneciendo siempre en situación de aislamiento con respecto al mundo urbano que se concentra en el Plan. Aislado también, aunque en contacto visual con otros cerros, la presencia de las cañadas los une y separa del resto de la geografía del puerto. Dicen por ahí, que entre cerro y cerro se hicieron grandes amigos aquellos que jugaban a encumbrar volantines que el viento elevaba a

grandes alturas y que cuando tendían a juntarse, los niños se gritaban para darse instrucciones. Amigos que jugaron diariamente, que construyeron juntos historias comunes, pero nunca supieron de sus rostros, le otorgan otro de los tantos misterios a esta ciudad.

LAS ESCALERAS

Neruda escribe a las escaleras de Valparaíso:

Escaleras ¡Ninguna ciudad las derramó, las deshojó, en su historia, en su rostro, las aventó y las reunió como Valparaíso! Ningún rostro de ciudad tuvo esos surcos por donde van y vienen las vidas, como si siempre fueran subiendo al cielo, como si siempre fueran bajando a la creación. Escaleras que a medio camino dieron nacimiento a un cardo de flores purpúreas. Escaleras que subió el marinero que volvía del Asia y que encontró en su casa una nueva sonrisa o una ausencia terrible. ¡Escaleras por las que bajó como un meteoro negro un borracho que caía! Si caminamos todas

las escaleras de Valparaíso, habremos dado la vuelta al mundo (Vial, Sara, 1983:15).

A Valparaíso no se le entiende sin sus escaleras. Ellas aparecen sin un orden preciso; y aún más, sus arranques y llegadas parecerían no tener un propósito preciso; subir es su permanente anhelo. Pueden aparecer al comienzo de los cerros o en cualquier momento de su ascenso. Las escaleras se van tejiendo azarosamente entre estrechos espacios liberados entre las construcciones. A veces, con un solo desarrollo pretenden alcanzar la punta del cerro, generando una perspectiva infinita. En otras ocasiones, son tramos interrumpidos por terrazas o descansos que interconectan distintos caminos, distintas direcciones, siempre generando espacios azarosos, accidentales, acompañados de penumbra y misterio, incitando a la aventura. En estos tramos, las escaleras cobran su real dimensión y significado.

Las escaleras de Valparaíso son sólidas, firmes, costosas. A veces una enorme escalera conduce solamente a un acceso. A veces las escaleras se duplican a un mismo destino. Las escaleras pueden ser compartidas por todo un cerro o, por el contrario, construidas para un solo fin. En múltiples ocasiones, las escaleras parecen haber resultado mil veces más caras que la casa que tienen como destino. En Valparaíso uno se pregunta: ¿las escaleras de quién son?

Valparaíso tiene fama por sus interminables escaleras; a ellas, diferentes poetas han cantado. Varían todas en altura, dimensión, regularidad y hechura. Más que desde sus construcciones, Valparaíso se entiende desde sus escaleras. En ellas, todo sucede; el habitante va rumiando su vida cada día que emprende el descenso. La dificultad de estar subiendo cada tarde se asemeja a la dificultad que el habitante porteño tiene para acceder a un mejor sustento.

Cuando se recorren la ciudad y sus cerros, las sorpresas van de la mano. Frente al contraste de un paisaje exento de límites como el mar, el paisaje inmediato de los cerros es el suelo ante nuestros pies, para ascender después, levantar la vista y sorprendernos frente a lo que encontramos ante nuestros ojos, siempre como un acontecimiento inesperado y de perspectivas múltiples y cambiantes. A veces también es el detalle de una puerta bien cuidada que guarda los misterios de una casa en abandono, junto a una ventana ocupada por un gato flojo aprovechando el tibio sol del mediodía, a veces una calle estrecha que no evidencia su salida, a veces una escalera infinita o recorridos que nunca se sabe a dónde llegan, o las múltiples e inesperadas perspectivas que se fugan a distintos puntos enmarcando espacialidades diversas.

Valparaíso es un patrimonio de dolor y de alegría. Alegría expresada en el espíritu de su gente que nunca se ha doblegado ante la dificultad y complejidad de su territorio y sus particulares emplazamientos. Alegría que expresa la fuerza del espíritu humano dispuesto a habitar y hacer suyo el territorio, de descubrir y apropiarse del paisaje haciendo de él un territorio valioso para la vida. Alegría también de quienes han enfrentado a lo largo de los años innumerables dificultades que no han vencido el empeño y el deseo de ser ahí, en su territorio. Alegría y satisfacción de quienes no han abandonado esta empresa nada fácil y que son capaces de reconocerse en la autenticidad de una tradición que han creado en intenso diálogo con el lugar.

LA CASA

En la arquitectura de carácter residencial diseñada por arquitectos con formación académica, existe un repertorio formal que explota el recurso plástico mediante grandes aleros, terrazas y balcones, así como emplazamientos que buscan favorecer las vistas hacia el mar y al espectáculo propio de la ciudad y los cerros que ofrecen la experiencia cambiante y dinámica del paisaje de la ciudad, que en el caso de Valparaíso nos ofrece un marcado dinamismo en términos horarios y climáticos.

La luz en la vivienda es relativamente escasa. En eso se parecen todas las construcciones. De más o menos recursos, todas introducen una tenue luz en sus interiores. Las casas, todas cubiertas por grandes superficies de lámina acanalada, no reciben más que la limitada luz que entra por las ventanas de, a veces, una sola fachada.

La condición de vecindad o proximidad es tan estrecha que se generan formas de comunicación particulares, haciendo del territorio público (calle, escalera), un espacio propio, como extensión natural de la vivienda que se comparte entre los vecinos.

En relación con el suelo, las construcciones se emplazan reconstruyendo el plano horizontal por desmante, relleno o construcción de un piso de zócalo o, por el contrario, reconociendo la pendiente, producen un escalonamiento interior que no se aprecia desde el exterior, en el cual se presenta como un volumen único. Es el caso del edificio pasaje Babestrello, emplazado en esquina, que da a una calle de considerable pendiente que une el cerro Alegre con el Plan. El edificio, siendo espacio privado ofrece la posibilidad de ser atravesado a través de un pasaje-escalera que desde su interior público facilita el ascenso y descenso peatonal, y provoca el espíritu curioso de quien recorre la ciudad.

Los techos básicamente a dos aguas, con algunos detalles en el *frontis*, en ocasiones se resuelven con estructuración de madera,

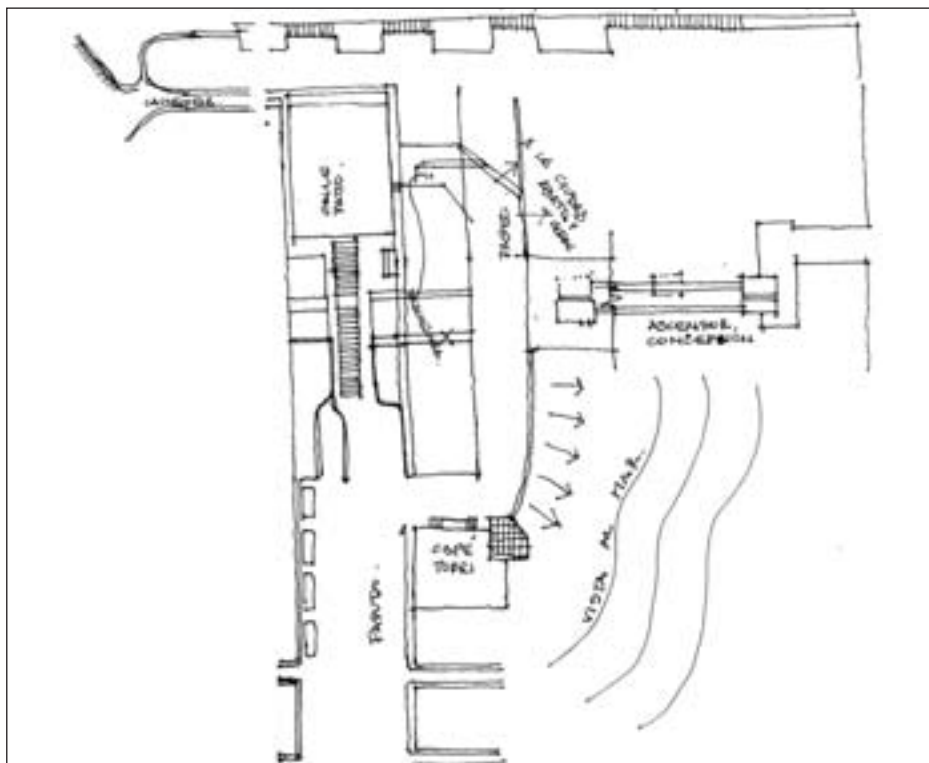


Figura 15. Secuencias espaciales que vinculan gradualmente interiores urbanos y miradores. Croquis: Alicia González.



Figura 16. Valparaíso, Chile, 2006. Dibujo de plano: Ricardo León.

y se recubren de lámina acanalada. Al interior se manejan divisiones a través de mamparas de madera algunas veces rellenas, la mayor parte de las veces no, y el cielo raso es resuelto mediante un plafón de duela. Las ventanas, escasas, van casi siempre al centro de la habitación, con un marco que sobresale ligeramente de la fachada el cual es pintado de un color distinto del resto de ésta.

El predio es construido casi en su totalidad, dejando pequeños patios hacia el fondo de la vivienda. Las casas en lo general son muy oscuras, ya que las posibilidades de

iluminación están dadas por el frente y fondo de la construcción y, en contados casos, por el manejo de linternillas.

El olor interior es una mezcla de humedad y encierro producto de la limitada ventilación.

Una visión inmediata y desde la altura permite observar una fachada prácticamente continua de techos de lámina, que cubren el porcentaje mayoritario de los lotes. Son casas, en lo individual, de escaso valor arquitectónico, pero que en conjunto establecen una gama de situaciones espaciales de sumo interés, donde se aprecia la riqueza de



Figura 17. Salida de ascensor.
Croquis: Alicia González.

conjunto en la generación de espacialidades intermedias entre lo arquitectónico y lo urbano.

La senectud llega rápidamente a las viviendas. Las láminas reciben el color óxido al poco tiempo de exponerse a la intemperie, teniendo una prolongada tercera edad.

La ropa colgada hacia el pasaje, saliendo perpendicular a las ventanas, la música obligadamente compartida por los habitantes en vecindad, los perros de todos y de nadie, los olores de comida y también los nauseabundos recuerdos de los perros y gatos de la zona... y sin embargo el espacio se trata de

una calle escalera que se ensancha y estrecha por azar, a discreción pero que en los descansos se transforma para ser un espacio con múltiples posibilidades de uso y apropiación y por la condición del avanzar pausado se da una suerte de participación visual con los vecinos, una cierta complicidad, en un territorio que se caracteriza por lo difuso de sus usos y delimitaciones, por el encuentro de lo práctico y lo mágico, por lo tremendamente azaroso, pues, al estar siempre subiendo, el piso se convierte en el plano principal de atención ante la sensación de seguridad que

propone el estar viendo por donde se pisa, sobre todo si se está a una considerable altura con respecto al plano inicial. Junto a ello, la recompensa del ascenso adquiere un importante valor de sorpresa.

En Valparaíso, lo que la arquitectura no otorga, la ciudad lo ofrece. La arquitectura tiene escasos balcones y sin embargo la ciudad está llena de ellos; la arquitectura no tiene terrazas y sin embargo la ciudad ofrece múltiples terrazas-miradores. Valparaíso concibe sus espacios públicos como verdaderas habitaciones urbanas, situando al porteño en una notoria condición de habitador urbano, donde el paisaje, el territorio, la casa y la ciudad actúan como capas protectoras continuas.

BIBLIOGRAFÍA

Larrahona K, Alejandro, 1973, "Ciudad de balcones", en *Valparaíso ciudad de balcones*, Océano, Sociedad de escritores de Valparaíso.

León, Carlos, 1977, *Algunos días*, Ediciones universitarias de Valparaíso, Valparaíso.

Lukas, 1971, *Apuntes porteños. Retrato de Valparaíso*, Universidad Católica de Chile, Valparaíso.

Reyes, Salvador, 1983, *Mónica Sanders*, Andrés Bello, Santiago.

—, 1960, *Valparaíso, puerto de nostalgia*, Zigzag, Santiago.

Rojas, Gonzalo, 1948, "Fundación de Valparaíso", en *La miseria del hombre*, Imprenta Roma, Valparaíso.

Sáez, Leopoldo, 2001, *Valparaíso. Lugares, nombres y personajes. Siglos XVI-XXI*, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso.

Solar, Claudio, 1964, "Valparaíso en la literatura", en *Separata de la Revista del Pacífico*, Instituto Pedagógico Valparaíso, Universidad de Chile.

Vial, Sara, 1983, *Neruda en Valparaíso*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.

Zumthor, Peter, 2004, *Pensar la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona.

Gazmuri, Cristián, www://hist.puc./cinfo/Articulos/gazmuri29.html